



EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

DIRECTORA: D.^a ANGELA GRASSI.

SUMARIO. *Revista de Modas.*—*La flor de Maria Antonieta*, por D.^a Angela Grassi.—*A Dios* (poesía), por don Rafael Serrano Alcázar—*El camino angosto* (continuacion), por D.^a María de la Cruz.—*Variedades*, por D.^a Micaela de Silva.—*Modas.*—**LÁMINAS:** *Figurin*, núm. 860.—*Figurin de Peinados.*—*Pliego de Dibujos y Patronos.*

REVISTA DE MODAS.



A Moda, que en el mes de Agosto parece que imita á nuestras elegantes, yendo á sepultarse en el fondo de los bosquecillos perfumados, ó vagando melancólicamente por la orilla solitaria de los lagos en busca de sombras y reposo, este año no se ausenta de su imperio, redobla su febril actividad, y se esfuerza en crear nuevas maravillas.

En perfecta armonía con los acontecimientos extraordinarios que se han sucedido unos á otros, le ha sido preciso improvisar trajes de todos los géneros, ya severos para el Centenar de San Pedro, ya espléndidos para figurar dignamente en las suntuosas fiestas de París. Y estando en Roma, estando en la capital del mundo civilizado, ¿es acaso posible resistir al deseo de prolongar el viaje, visitando las poéticas orillas del Rhin, ó los deliciosos vergeles de Italia? Juntamente con los trajes de vestir le ha sido preciso por lo tanto inventar otros de viajes y de campo, tan bellos y variados como las comarcas en donde debían ostentarse.

La Exposicion de París no ha terminado, y mientras no termine no puede cesar el confuso vaiven de la multitud, que partiendo de todos los ámbitos del globo se agolpa á sus umbrales. Hé aquí porqué la pobre Moda, á pesar de los rigores del estío, no se entrega á un bienhechor descanso.

Hemos visto algunos trajes de viaje, compuestos de tres faldas figuradas, sobrepuestas la una á la otra, siendo cada tira de diferentes colores. Tambien se usan todas de un color, terminando en picos ó en cuadrados. Estas faldas son de un efecto bellísimo y caprichoso.

Ya indicamos en nuestros anteriores artículos, cuáles son los géneros mas á propósitos para esta clase de confecciones; sin embargo, hemos observado de algunos dias á esta parte, que se adopta el varés ó la granadina para la

falda superior y el paletot, siendo la interior de tafetan de un color opuesto al de la primera.

Apenas se ven cuerpos altos, gozando de gran favor los bajos, y de escote cuadrado. Tambien gozan de mucho prestigio los que se llaman á la rusa, sin mangas, ó con mangas iguales á la tela de la primera falda. Algunos cuerpos se cubren de un fichú echarpe, que se ciñe alrededor del talle, y cuyos cabos anudados por detrás se prolongan sirviendo de guarnicion á la falda.

Estas siguen siendo largas de cola y nesgadas para traje de vestir, y en verdad que el sello que las caracteriza, altamente aristocrático, las asegura un reinado brillante y duradero.

Como modelos de buen gusto, vamos á describir dos trajes tan sencillos como caprichosos.

El primero (*figurin* 860) es de tafetan verde, guarnecido de guipures blancos, y agremanes de paja. El cuerpo alto, cuadrado por delante y redondo por detrás, es de forma peplum, prolongándose en una aldeta larga y redonda á cada costado. Se le sobreponen otras cuatro aldetas, dos muy largas y en forma de pico atrás, y dos cortas y cuadradas delante. Todas estas aldetas están guarnecidas de guipure y agremanes de paja, y rematan en fleco de paja y seda verde.

El cuerpo se abotona por delante, el talle es redondo, y la falda lisa y de cola.

El segundo es de muselina blanca. El cuerpo, muy bajo, está adornado con dos tirantes ó bertas de guipure blanco, guarnecidos de terciopelitos negros. Estos tirantes se cruzan por delante y por detrás, y en el punto en que se cruzan, se coloca una escarapela formada de guipure y de terciopelo, y otra igual en cada hombro. Sobre-falda de cuerpo plegado y mangas estrechas, guarnecida.

con el mismo adorno, y falda interior lisa y prolongada.

Completan el traje un cinturón de guipure y terciopelo, con un enrejado en forma de peplum de terciopelos y azabaches, y camiseta de muselina, con adornos de guipure y terciopelos.

La cruzada que se ha emprendido hace poco tiempo contra el miriñaque, ha terminado en oprobio de los agresores, y esta prenda queda definitivamente anexa á la Moda de la época, despues de haber sufrido algunas modificaciones.

En efecto, era casi imposible renunciar á ella por completo, pues dos ó tres aceros en el bajo, sirven para dar á las faldas todo su lucimiento, y ahorran el gasto, que no todas las señoras pueden hacer, de dos ó tres enaguas almidonadas cada vez que salen. En este concepto, la enagua que está mas en boga es la llamada Imperio, nesgada y sin aceros por delante. Sobre esta se puede poner la falda bordada ó festoneada de colores, tan cómoda para traje de campo y de viaje.

Con los vestidos cortos, el calzado adquiere una importancia inmensa. Para el campo se usan únicamente preciosas botitas de piel de Rusia ó de cabretilla, bordadas de colores; para trajes de mañana, suelen adoptarse los zapatos Luis XV, de tacon alto, y adornados de escarapelas, en cuyo caso se usan las medias rayadas ó caladas.

En cuanto á los sombreros, son cada vez mas sencillos, constituyendo todo su adorno una guirnalda-diadema sobre la frente, y largas bridas de tul que cubren los costados. Las perlas y el cristal, que al principio de la estación es-

taban tan en Moda, van decayendo algun tanto, cediendo su lugar á las flores con follajes de oro, salpicados á veces con mariposas y otros dijes esmaltados.

Los sombreros de viaje siguen siendo chatos y de alas muy pequeñas: algunos se hacen de paja de color con cintas de color distinto.

Con respecto á los artículos de lencería, nada podemos añadir á lo que hemos dicho en la anterior revista, solo que cada vez se les concede mayor importancia, y que los calados y los encajes obtienen mucho mas favor que los bordados.

No nos perdonarian las madres, sino hablásemos, aunque sea ligeramente de los trajecitos de sus hijas, en las cuales fundan su orgullo y su alegría.

Como modelo sencillo y gracioso al mismo tiempo, describiremos el del *Figurin* antes citado, para niña de siete á ocho años. Se compone de vesta y falda de cachemir blanco, con adornos negros y encarnados. Sombrero de paja de arroz, rodeado de una cinta blanca bordada de encarnado, sujeta por delante con una hebilla de plata, y cuyos cabos flotantes descienden sobre la espalda. Cabello ondulado, y borceguies negros.

Aunque es prematuro cuanto pudiera decirse sobre las Modas de otoño, es muy probable que continúen usándose los vestidos largos y cortos, con dobles faldas.

En cuanto á los géneros, el que casi tiene asegurado el triunfo es el foulard, color de maiz ó lila, dispuesto á rayas anchas, ó guirnalda de rosas y violetas entrelazadas.

INSTRUCCION

LA FLOR DE MARÍA ANTONIETA.

¡Cuán grato debe ser para el agricultor contemplar la vuelta de la primavera, cuando asoman los primeros retoños de los árboles, cuando los verdes tallos de las plantas empiezan á romper el seno de la tierra! ¡Con qué afán contará cada botón que aparece, cada flor que brota entre el musgo perfumado! ¡Cómo se regocijará entonces de haberse levantado con el alba en los lluviosos días del invierno, de haber desafiado el frío y el calor, los hielos y la tormenta! ¡Aquellas lozanas primicias le hacen vislumbrar las magníficas recompensas que el tiempo concederá á sus fatigas, y su imaginación acaricia con inesplicable deleite, el rubio trigo que llenará sus trojes, los dorados racimos que se balancearán entre los pámpanos de las vides!

¡Igual al suyo ha sido mi regocijo, Adela! ¡Perdóname este momento de orgullo! Igual al suyo ha sido mi regocijo cuando recibí tu carta; tu carta, tan llena de sensibilidad exquisita, de nobles y levantados pensamientos.

¡Dios ha bendecido el campo fertilizado con tanto amor

por mis propias manos! Las virtudes que he sembrado en tu corazón florecen: las máximas que he grabado en tu entendimiento fructifican! ¡Dios ha bendecido mi obra!

¡Tienes razón, hija querida; la caridad es el mas bello de nuestros atributos, es la que nos diferencia de los demás seres de la creación, la que esculpe en nuestra frente ese sello inmortal que nos proclama hijos de Dios y herederos de su gloria!

Pero tú deploras tu impotencia. «Soy niña, soy pobre, dices, con candorosa sencillez, ¿qué bien puedo esparcir yo en el mundo? ¿A quién puedo ser útil? ¡Ah, cuán felices son todas esas jovencillas, hijas de padres ricos, que pueden privarse de un dije, de un placer, en beneficio de los desventurados!

Yo no envidio ni sus trenes, ni sus galas: envidio la posibilidad que tienen de satisfacer los deseos generosos de su alma, de utilizar en provecho ajeno el fuego del amor inmenso en que me abraso! ¡Soy pobre, nada poseo, nada puedo dar á los que sufren!

Esto dices, Adela mia, y no dices bien. Además de que Dios agradece lo mismo el óbolo del pobre, que la suntuosa dádiva del rico; la caridad, hija del alma, puede ser



J. Goussier

Lamoureux imp. r. Lapeyrolle, 38, Paris

Ad. Goubaud, Ed. Paris GERVAIS

860

LE MONITEUR DE LA MODE

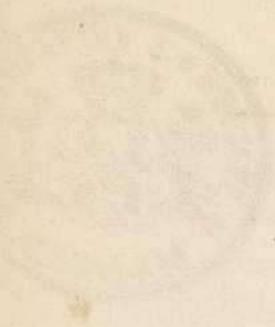
Paris, Rue de Richelieu, 92.

Coiffures de *M^{me} Piéfort* r. Grange Batelière, 1 - Modes de *M^{me} Alexandrine*, 2. Meyerbeer (Ch.^{se} d'Antin)
 Costume d'Enfant Au Cardinal Fesch, r. N^o S.^t Augustin, 45 - Plumes et Fleurs de L. Coudré (M^{me} Gilman) rue de Richelieu, 104.
 Coiffures de Henri de Bysterweld Foul.^r S.^t Honoré, 5 - Lingerie de la M^{me} Ala Couronne Impériale, r. N^o des Petits Champs, 76.
 Replons et Passementerie Ala Ville de Lyon, Chaussée d'Antin, 6. | Parfums de Violet f. de S. M. l'Impératrice r. S.^t Denis, 317.

Entered at Stationer's Hall.

LONDON C. E. Weldon, 22, Tavistock Street Covent Garden, W.C.

MADRID El Correo de la Moda P. J. de la Pena



THE UNIVERSITY OF THE STATE OF NEW YORK
THE STATE EDUCATION DEPARTMENT
THE UNIVERSITY OF THE STATE OF NEW YORK

ejercida por el alma, sin necesidad del concurso de objetos materiales.

Hé aquí lo que dice San Pablo á este propósito:—«Se ejerce la caridad cristiana llorando con los que lloran, regocijándose con los que se regocijan, anticipándose á sus hermanos en consideraciones y honor, sabiendo ser útiles en todo, tratando de agradar á todos en todas las cosas, no buscando jamás su utilidad ó ventaja, sino la de muchos, para que se salven.»

Sí, Adela; Dios no podía privar á los pobres, á los desheredados de la fortuna, de ejercer esta noble virtud, que hace á los hombres partícipes de su misma grandeza y omnipotencia.

La caridad se puede practicar de mil distintos modos. Se ejerce grabando en la mente de un niño una máxima provechosa ó despertando en su alma un noble sentimiento. El consejo sano y perseverante que damos á los que se han dejado estraviar por sus pasiones; la lágrima que asoma á nuestros ojos al contemplar el llanto de los que sufren; la palabra de consuelo que les dirigimos para mitigar sus penas; la sonrisa benévola con que alentamos al que vuelve al sendero del bien, ó emprende árduas y difíciles tareas, todas estas son obras de caridad, que pesarán en la balanza de nuestros merecimientos, cuando Dios nos llame ante su tribunal augusto! Tal vez determinen la dicha ó la desventura, la gloria ó la degradacion, no de un individuo, sino de muchos individuos. Una palabra santa, un santo ejemplo, pueden salvar á una familia, á una aldea: quizás á una ciudad, quizás al mundo!

Arroyuelo de aguas cristalinas, que va filtrando escondido por debajo de la tierra, cuya superficie se cubre en todo su trascurso de yerbas y de flores; arroyuelo que puede convertirse en torrente, en rio, en mar de ondas rizadas y apacibles, que refleje en sus cristales la bóveda del cielo!

¿Crées tú que equivale á esta caridad espiritual la que deja caer una moneda de oro en la mano del mendigo? Una moneda de oro no tiene mas valor que el que representa: su poder no se estiende á mas que á acallar el hambre, cubrir la desnudez del cuerpo, proporcionar cómoda habitacion y muebles cómodos. ¡Poder finito, sus límites son estrechos y finitos! Pero, ¿hay cálculo humano que pueda determinar el valor, la trascendencia de un consejo, de una sonrisa, de una lágrima? ¿Quién sabe si transformarán al desaconsejado, al afligido, al pusilánime, en otro hombre distinto? ¿Quién sabe si este hombre, regenerado, transformará á su vez, con sus palabras ó sus obras, la faz del universo?

No repitas, Adela, con los séres hipócritas y egoistas, esa frase vulgar, con la cual creen haberlo dicho todo: *nada tengo que dar y nada doy!* ¡al alma le sobran riquezas para repartirlas entre los desdichados!

La caridad mas grata á los ojos de Dios, no es la que se desprende de una moneda de oro, de un diamante, que á lo sumo no le sirven al hombre mas que para proporcionarse algunos goces, sino la que le obliga á dar en holocausto su propia alma, su propio cuerpo, su propia vida.

Es la que le obliga á hacer una abnegacion constante de su voluntad, un sacrificio continuo de sí mismo, sometándose á contar las lentas horas á la cabecera de un enfer-

mo, ó al lado de los que suspiran, víctimas de la contraria suerte; tolerando las sin razones, y acaso las injurias de sus hermanos y amigos, anteponiendo en todo el gusto de los demas á sus gustos, y por último, emprendiendo largas y enojosas tareas para ser útiles á quien quiera que sea, quizás al mas abyecto de nuestros semejantes.

¡Sí, Adela, sí, que la caridad ardiente, la caridad verdadera es como la milagrosa vara de Moisés, que hacia brotar agua cristalina de las duras piedras; es lo que pretendian ser los presuntuosos alquimistas en los pasados siglos, y convierte en oro purísimo el barro de la tierra!

¿No has oido contar el tierno episodio de una pobre mujer, que embelleció la cárcel en donde gemia una grande é infortunada Reina?

María Antonieta, derrumbada desde el trono á un hediondo calabozo, lleno de impuros miasmas; no conservando de su pasado esplendor mas que el mísero traje hecho girones que apenas cubria sus carnes; viéndose rodeada, en vez de los solícitos cortesanos, de toscos sayones, que respondian con improperios á sus quejas; sin un corazón sobre el cual pudiese llorar, sin una mano amiga sobre la que pudiese apoyarse, mostraba al asombrado mundo toda la nada de sus pompas y grandezas.

Dios la mandó un consuelo en medio de su amargura. Despertóse una mañana, al percibir una suavísima fragancia, miró en torno de sí, y vió un pequeño ramillete colocado en el marco de la enrejada ventana.

El ramillete estaba compuesto de alelíes blancos, sus flores predilectas, y de algunos jacintos.

La Reina se arrojó del lecho, cayó de rodillas, y soltó un grito de júbilo, el primero que se habia escapado de su pecho despues de tantos días de infortunio.

¡Ah, tú no sabes lo que es para el que gime encerrado en una lóbrega mazmorra la vista de una flor que le representa el sol, los campos, la libertad, el amor, la familia, la ventura!

¡Recuerdos del pasado, imágenes consoladoras del presente, risueñas esperanzas de un porvenir tranquilo, todo esto se encierra en aquel diminuto cáliz para el mísero cautivo!

—La que ha colocado aquí estas flores, pensó la Reina llena de júbilo, debe haber sido una mano amiga, ¿es posible que haya todavía en el mundo quien me ame y compadezca?

El milagro se renovó todas las mañanas por espacio de ocho días.

Al cabo de este tiempo, resuelta la Reina á descubrir quién fuese su bienhechor misterioso, se acostó, pero no durmió.

Su estratagema tuvo muy buen éxito, pues al rayar el alba, é ínterin mudaban las guardias, una mujer entró furtivamente en la prision, y puso en la ventana el modesto ramillete.

Era Madama Richard, la esposa del conserje.

María Antonieta se levantó de improviso, corrió hácia ella, la estrechó entre sus brazos, y la cubrió de lágrimas y besos, murmurando entre sollozos.

—Gracias! gracias! Dios os bendiga como yo os bendigo!

Los pasos de los centinelas que se aproximaban las obligaron á separarse precipitadamente.

Desde aquel día no faltaron ni uno solo los blancos aliados en el calabozo de la Reina ; desde aquel día la Reina no dejó ni uno solo de pedir á Dios la ventura de su noble bienhechora.

Poco tiempo despues , Madama Richard fué denunciada, presa y sepultada en una profunda mazmorra por haber tributado á la Reina tan delicada atención ; pero sus mismos verdugos se avergonzaron de llevar adelante su persecucion, y la devolvieron la libertad diciendo : *Vale mas esta mujer que nosotros !*

El alelí blanco se llamó desde entonces la flor de María Antonieta , y la historia , al hacer conmemoracion de la des-

venturada Reina , cita el nombre de Madama Richard con merecido encomio.

Ahora bien : ¿ qué valor material representan esas flores cogidas acaso en el mismo jardin de la Conserjería ? ¡ Ninguno ! Pero su valor moral fué tan grande , que no solo lograron consolar á un alma , no solo hicieron comprender su propia crueldad á sus opresores , sino que sirvieron y servirán de espléndida corona á la mujer sensible, que las hizo concurrir á sus piadosos fines.

¡ No lamentos , Adela , tu pobreza , si es rica de caridad tu alma ! Fomenta esa hoguera que te abrasa el pecho, que á su luz vivísima brillan hasta los insectos , y al contacto de su fuego, hasta los átomos de polvo se convierten en estrellas !

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

A DIOS.

¡ Oh Dios ! Nombre sagrado
Que rueda por los siglos
Del Titan de los tiempos respetado.
Mágica voz que augusta se levanta
Á hacer brotar la vida en lo profundo.
Palabra sacrosanta ,
Eternamente escrita
En la creacion viviente que palpita
Por los inmensos ámbitos del mundo.

Incomprensible sér, Dios prepotente ,
¿ Quién eres , que velado en tu misterio,
Cuando cruzas sereno la ancha esfera,
Himnos entona el cóncavo hemisferio,
Y sin saber quién eres te venera ?
¿ Dónde están esos mares de hermosura
En que viven los ángeles cantando
Y do tu régia cabellera bañas ?
¿ Y dónde aquella voz que penetrando
Del hondo cóos en la mansion oscura
Hizo al mundo brotar de sus entrañas ?
¿ Y dónde aquel acento
Que hizo nacer clarísimo topacio
Y lo engastó en el alto firmamento
Derramándose en luz por el espacio ?
Jamás te compaendí , mas al buscarte
Me ofusca tu fulgor y me cautiva ;
Y al preguntar quién eres , Dios potente ,
Siento que humilla mi cerviz altiva
El peso de tu sér sobre mi frente.

En vano el hombre á tu insondable arcano
Quiere llegar, de tu fulgor sediento,
Y por do quier te finge soberano.
Los ojos no te ven ; el pensamiento
De tu alto sér la oscuridad resiste ;
Mas devolviendo al corazon la calma
Suenan un eco feliz dentro del alma
Que está diciendo siempre : « Dios existe. »

Y existes , sí ; en la noche encapotada
Que al mundo envuelve con oscura alfombra ,
Yo he visto retratada
De tu imponente faz la augusta sombra.
Yo he visto el ceño de tu rostro airado
Por ver la mancha que al mortal afrenta ,
Y he sentido asombrado
El eco de tu voz en la tormenta :
Yo he visto al mar bravío
En rudo y palpitante movimiento
En las rocas romper sus ondas bravas
Llenando el mundo de terror y espanto ;
Y era que tú pasabas
Sobre el ráudo huracan ; y eran entonces
Los bramidos del mar tu ronco aliento
Y sus ondas los pliegues de tu manto.

Yo he sentido despues en dura guerra
Crugir los huracanes
En los senos ardientes de la tierra ,
Abrirse los volcanes
Cubriendo el pueblo, el monte y la cabaña,
Y al sentir su cimiento vacilante
Hundirse en sus vaivenes la montaña
Y retorcerse el cóncavo profundo ;
Y es porque al peso de tu pié gigante
Tiembla la tierra y se quebranta el mundo.

Te he sentido tambien , oh Dios clemente,
Bajo un cielo de púrpura y de rosa
Cuando besaba cándida mi frente
La que tu nombre me enseñó amorosa.
Ella , dechado de virtud y amores ,
Con dulcísimo acento
« Reza , que Dios te escucha , » me decia
Al derramar el alba sus fulgores ,
Y cuando desde el rojo Mediodía
Bañaba un mar de luz el firmamento ,
Y cuando el sol que en los espacios arde
En sus trémulos rayos recogia
Los últimos suspiros de la tarde.
Y sentí el esplendor de tu presencia ,
Y arrullada mi mente

En el sueño feliz de la inocencia,
Vió al través de las nubes
Palpitar de los ángeles el coro;
Vió la hermosa mansion de los querubes,
Y vió tu luz y tus cabellos de oro.

Te he adorado del templo en los altares.

Sus bóvedas, de adornos circuidas,
Sus góticos pilares,
Las lámparas al aire suspendidas,
La augusta paz de su imponente calma,
Donde parece que se encuentra el alma
Del féretro á los bordes;

Aquel silencio respetuoso y grave,
Su tibia luz, su música suave,
Que se pierde en dulcísimos acordes
Por la estension de la dorada nave;
Todo en vaga y confusa melodía
Me llenaba de culce arrobamiento,
Y en fervoroso ardor el alma mia
Elevaba hasta tí su pensamiento.

¡Cuán grande, oh Dios, al templo te presentas

Al grato son de célicos cantares!

Allí tu augusta majestad ostentas
Y te sirven de trono los altares.

Dulces plegarias en ferviente coro
Suben de incienso entre olorosas nubes:
Débil remedo de las arpas de oro
Con que entonan sus cantos los querubes.
Ceñido de diadema refulgente,
Allí de inmenso tu poder blasona,
Y los Reyes allí doblan su frente
Ante el brillo inmortal de tu corona.
De fé sagrada los fecundos ríos
Inundan desde allí los hemisferios,
Y olvida el corazón sus desvaríos,
Y adora tus alísimos misterios.

Mas basta, eterno Dios, quién á tu altura
Osa elevar la voz desde la tierra?

El rugiente huracán, la noche oscura,
El rudo hervor de tempestad que aterra,
El mar que canta con el ronco trueno,
El águila que sube

Y se pierde en los senos de la nube,
El sol que en su carrera

Gallardo avanza hasta el zénit sereno
Ondulando su blonda cabellera;
Todo se agita á tu mirar fulgente,
Y rueda en confusion bajo tu planta;
Todo ante tí se prostra reverente,
Y con mágica voz te admira y canta.

Si yo tuviera el eco del torrente,
Si pudiera elevar mi voz sonora
Como la eleva indómita y potente
Al rugir la tormenta bramadora,
Entonces te cantara;

Y al llegar á tu altura
Fuera tan grande el eco de mi acento
Como es grande tu mágica figura
Cual la adivina audaz mi pensamiento.

RAFAEL SERRANO ALCÁZAR.

EL CAMINO ANGOSTO.

(CONTINUACION.)

II.

El astro de la noche, levantándose lentamente del seno de las montañas, empezaba á describir sobre la llanura un largo rastro de plata, y sus rayos, estendiéndose sobre los remates de las casas y los chapiteles de los edificios de Compiègne, formaban un extraño contraste con sus lúgubres paredes, envueltas en la sombra de la noche, que desalojada de lo alto, parecia condensar allí sus negros velos.

La ciudad dormía en medio del universal y majestuoso silencio: nadie transitaba por sus desiertas calles; ninguna luz se divisaba en las ojivas ventanas, y solo se oían de vez en cuando los lejanos aúllidos de los perros vagabundos, ó los suspiros indiscretos de la brisa.

No obstante, una mujer envuelta en un ropaje negro, permanecía inmóvil junto á la torre. Casi siempre veíase á aquella mujer inmóvil en aquel sitio.

Los habitantes de Compiègne estaban ya acostumbrados á su presencia, y pasaban delante de ella inclinando la cabeza con respetuoso ademán, y murmurando en voz baja:

—Modelo de amor conyugal, ¡quién te imitase!

¿Es preciso decir que aquella mujer heroica era Angélica, era la esposa del desdichado Eduardo?

Pero, ¿cómo habia podido pasar el héroe invicto de los lauros á las cadenas, del pedestal espléndido al negro calabozo? ¡Oh, mundana gloria, burbuja de agua que un soplo de aire forma, y que se disuelve con otro soplo de aire! Habia bastado la frívola acusacion de una mujer galante para derribar el alto edificio de su probidad, que él habia elevado piedra por piedra con un trabajo incesante! ¡Habia bastado una leve calumnia para abatirle en el polvo, y trocar la admiracion en menosprecio!

Magdalena, por medio del Duque de Alenfort, habia dado aviso al Rey de que la victoria ganada por Eduardo á los ingleses, no era mas que una victoria de apariencias para deslumbrarle, y que en vez de enemigo, aliado de los activos extranjeros, intentaba aprovecharse de aquella noche de tumulto para entregarles la ciudad, cuyos habitantes estaban tranquilos y confiados por el mismo reciente triunfo.

Nunca faltan malvados ó aduladores que hagan eco á una calumnia, los unos por envidia hácia el calumniado, los otros por servil adulacion hácia el que acoje la calumnia, si ven que lo hace con agrado.

Acogiola con agrado Carlos, porque no podia perdonar á Mailly el haber obtenido la mano de la mujer á quien amaba, y los celos y el deseo de vengarse, mas que las acusaciones de Magdalena y del Duque de Alenfort, inclinaron la balanza en contra de su rival aborrecido. Quizás sin confesárselo á sí mismo, halagábale la idea de que la desventura lograria rendir la constancia de Angélica, inquebrantable hasta entonces, y de todos modos se complacia en que ella presenciase el abatimiento de aquel que le habia preferido.

Dispuesto así el ánimo del Monarca, interesados en perder á Mailly sus enemigos, no faltaron pruebas falsas y declaraciones mentidas que le hiciesen parecer verdaderamente culpable, y un mes despues de aquel dia en que entró en Choisy ufano y triunfante, fué condenado á muerte por los jueces de un tribunal que se habia formado á toda prisa, con el exclusivo objeto de juzgarle, y el Rey puso su firma al pié de la fatal sentencia.

Angélica no se habia contentado con suspirar y gemir al pié de la torre que guardaba á su marido.

El exceso de la desdicha trocó su timidez en audacia generosa, su mansedumbre en enérgica firmeza. Se presentó al Rey y á los jueces, redactó ella misma en términos elocuentes la defensa del acusado, buscó pruebas y testigos que desmintiesen la calumnia; pero habia demasiado interés en condenar al supuesto reo, para que saliese airoso de su empresa, y á pesar de todos sus esfuerzos, no pudo impedir que fuese condenado al último suplicio. ¡Tres dias faltaban únicamente para que se cumpliese la sentencia inicua!

No pudiendo ya luchar con las armas legales, Angélica recurrió á la astúcia, y si estaba allí sola en medio de la noche, era porque intentaba llevar á cabo un atrevido proyecto.

Las horas pasaban lentamente, y parecian siglos á la infeliz, que batallaba entre el desaliento y la esperanza.

Por fin apareció un hombre en el extremo de la plaza.

Angélica comprimió un suspiro de alegría, corrió á su encuentro, y dando ambos la vuelta á la torre, llegaron á una puerta escusada.

El desconocido hizo una pequeña señal, se abrió cautelosamente la puerta, y se volvió á cerrar despues que Angélica se hubo internado por los oscuros y sombríos corredores.

La campana de la torre daba en aquel instante las doce, y el silencio en la ciudad era cada vez mas profundo.

Angélica, precedida por el carcelero, llegó á la prision en donde gemia su esposo.

El infeliz dormitaba reclinado sobre un lecho miserable, y mas que descanso, sufrimientos le ofrecia aquel sueño, perturbado por mil horrosas pesadillas.

Angélica no pudo verle sin sentirse hondamente conmovida. Estaba pálido, demudado, parecia la sombra de sí mismo. De vez en cuando sus labios se contraian como para dejar escapar un amarguísimo suspiro, y entonces un estremecimiento convulsivo agitaba todos sus miembros.

No habia tiempo que perder: Angélica corrió hácia él para despertarle, pero se detuvo temblorosa y sobrecogida al oírle murmurar entre sueños.

—¡Magdalena! ¡Ay, Magdalena!...

Por un momento la indignacion llenó el pecho de la ultrajada esposa; por un momento sus ojos arrojaron rayos de cólera, pero no fué mas que un momento. Pronunció una brevísimas oracion en voz baja, recordó á Jesucristo que murió en el Gólgota por redimir á sus propios enemigos, y acercándose á Eduardo le tocó suavemente en el hombro.

Eduardo despertó sobresaltado.

—¡Pronto, dijo Angélica, pronto, vengo á salvarte! Sí-

gueme, todo está dispuesto para tu fuga. Junto á la torre vela Trimouille, el único que te ha quedado fiel entre todos tus amigos, fuera de las puertas de la ciudad te espera Roberto con dos caballos. Hemos derramado el oro á manos llenas: huye, no te detengas; este es el único medio de ganar tiempo y recobrar tu honor, mancillado por calumniadores páfidos é infames!

Mientras hablaba Angélica, Eduardo la miraba en silencio, sin darse cuenta á sí mismo de cuanto le decia. Poco á poco sus mejillas se colorearon, sus ojos se llenaron de lágrimas, y dijo con indefinible amargura.

—¡Siempre vos, señora! Siempre os apareceis vos ante mis ojos para atormentarme, oponiendo una conducta noble y generosa á mi indigna conducta.

Pero yo no puedo aceptar la salvacion de vuestra mano. Yo os admiro y os venero, pero no os amo! En vano intento sofocar la pasion borrascosa que anonada mi existencia; en vano intento arrancar del pecho una imágen que idolatro á pesar mio....

Fuera cobardía ocultaros la verdad en este supremo instante; fuera vileza aceptar una vida que no puedo consagraros!... Dejadme morir, Angélica, abandonadme á mi destino, volved al lado de nuestro inocente hijo, y sed bastante generosa para no enseñarle á maldecir á su padre!

El dolor, con sus mil distintas y aceradas puntas, habia destrozado el corazon de Angélica, mientras el prisionero pronunciaba entre lágrimas y suspiros estas palabras, mil tumultuosas y encontradas sensaciones habian agitado su sér; pero cuando concluyó ya habia encontrado la serenidad perdida.

—Eduardo, le dijo con estudiada calma, desechad vanos escrúpulos, no temais aparecer ingrato. No es el amor el que me impulsa á trabajar para salvaros, es mi sagrado deber de esposa, es mi sagrado deber de madre el que me obliga á conservar la existencia del padre de mi hijo. Es además mi orgullo el que está empeñado en alcanzar la victoria: la noche en que fuisteis preso me dirigieron un reto singular que yo he aceptado. Leed este pergamino.

Angélica arrebató la luz de manos del carcelero, y tendiendo el escrito á Eduardo, le alumbró para que pudiera descifrarlo.

Decia así:

«Hubo un dia en que orgullosa con vuestra hermosura, vuestra virtud y vuestra noble alcurnia, pasásteis junto á mí sin saludarme siquiera. Ese mismo dia lograsteis fijar las miradas del Monarca, sobre cuyo corazon yo pretendia reinar, y desde aquel momento os declaré una guerra sin tregua. He vencido: os he arrebatado el corazon de vuestro esposo, y hoy he completado mi victoria, arrebatándoos el brillo y la fortuna. Negras acusaciones pesan sobre Eduardo, y es probable que pague con sus bienes y su vida el haber derrotado á los ingleses.

Ahora sois igual á mí; no teneis mas patrimonio que vuestra hermosura. La hermosura, sin escudo ni defensa, es un don funesto del cielo. Os desafio á que conserveis intacta vuestra virtud en medio de los peligros que van á cercar vuestra existencia. Os desafio á que conjureis el infortunio, con las armas frágiles del bien, y que salveis á

Eduardo y á vuestro hijo sin que vuestra reputacion sufra el menor desdoro.

El dia en que la multitud os arroje piedras, no seré yo la última que lo haga con orgullosa complacencia.

Este extraño cartel de desafio no tenia firma ni fecha.

Eduardo habia palidecido y temblado muchas veces durante su lectura.

—¡Magdalena! murmuró por fin con amargura: ¡será ella! ¡seria posible que fuese ella!

—Yo no acuso á nadie, dijo vivamente Angélica; he querido tan solo demostrarte que lucho por mi propia cuenta, que es mi amor propio el que combate, y que si te salvo no me debes gratitud ninguna. Sígueme, el tiempo corre, la hora pasa, sgueme, ó estás perdido, y contigo se pierde este buen hombre que arriesga su vida por salvarte.

—Monseñor, se apresuró á decir el carcelero, que temblaba efectivamente al ver tantas dilaciones, os poneis en salvo ahora ó nunca!

—¡Sea! dijo Eduardo haciendo un esfuerzo para levantarse.

Estaba muy débil: las pesadumbres, destrozando su alma y abatiendo su espíritu, habian minado su salud en términos que estaba casi moribundo.

Angélica le ofreció el apoyo de su brazo.

Dios protegió su fuga, como siempre protege á la inocencia.

Salieron sin contratiempo de la prision de la torre, y luego de la ciudad, que seguia inmóvil y silenciosa.

Una barca los esperaba á orillas del Oise, y Roberto, el fiel escudero, á la otra parte del rio con dos caballos.

Cuando la aurora asomó por entre los cortinajes del Oriente, estaban ya muy lejos.

(Se continuará.)

MARÍA DE LA CRUZ.

VARIEDADES.

El padre y las hijas.

Tres doncellas miraban á lo profundo de un valle, y vieron que se acercaba un ginete vestido de acero.—Bien venido seas, padre; ¿qué traes á tus hijas?—Hija del traje amarillo, sé que las joyas te agradan. Toma esa cadena de oro. Se la he quitado á un arrogante adalid, muerto á mis manos.

La jóven tomó la cadena y fuese al valle. Allí encontró el cadáver del guerrero que habia matado su padre, miró-le, y exclamó:—¡Yaces tendido en tierra como si hubieras sido un malhechor! ¡Oh, noble caballero mio, pero yo te amo, te amo siempre!

Y cargando con los míseros despojos, fué á depositarlos en lugar sagrado. Tendióle sobre la humilde tumba de sus mayores, púsose al cuello la cadena, y tiró, tiró hasta que cayó sin vida.

Dos jóvenes miraban á lo profundo del valle, y vieron que llegaba el ginete vestido de acero.—Bien venido seas, padre, ¿qué traes á tus hijas?—Hija del vestido verde, la caza es tu embeleso. Te traigo un venablo. Se lo he quitado á un fiero cazador despues de darle muerte.

Ella tomó el venablo, fuese al bosque, llegó junto al muerto cazador, y dijo:—He venido á tí atraida por los gritos de tu corazon. Y clavándose en el pecho el arma homicida quedó muerta.

Los dos amantes reposan juntos. Las aves cantan sobre su tumba, y las verdes hojas la cubren.

Una jóven miraba á lo profundo del valle, y vió que llegaba el ginete vestido de acero.

—Bien venido, padre, ¿qué traes á tu hija?

—Hija del vestido blanco, he pensado en tí. Las flores son tu alegría, tráigote una mas limpia que la plata. El jar-dinero me la rehusaba y yo le maté!

La niña tomó la flor y la colocó en su pecho. Bajó al jardin, que otras veces era su paraiso, sentóse sobre un oterillo sembrado de azucenas.

—Ay, exclamó, yo bien quisiera morir como mis hermanas, pero ni las flores matan, ni el quitarse la vida es lícito á los mortales. Entonces pálida, triste, se puso á contemplar la flor que su padre la habia dado, hasta que sus hojas se marchitaron y alfombraron el suelo.

¡La niña y la flor murieron juntamente!

Padres, no busqueis el bien de vuestros hijos á costa del mal de vuestros semejantes, porque de una manera ó de otra, la iniquidad se ha de volver en contra vuestra.

* * *

El rústico dichoso.

Yo me hallaba sentado á la puerta de mi cabaña, en frente del castillo de mi señor, cuando de repente oí los ladridos de su jauría, que atravesaba el soto.

Su señoría se acercó á mí, que cantaba las bondades de la divina Providencia; era una cancion que yo mismo habia compuesto para dar gracias á Dios, que nos envia la paz, el contento, la salud y el pan de cada dia, despues del trabajo.

El señor se detuvo á escucharme. Llevaba la escopeta terciada al hombro. Yo me levanté, quitéme la gorra y le hice un saludo. El señor me lo devolvió con agrado, y continuó su camino suspirando.

¡Ah, yo comprendí la causa de aquel suspiro. Quería decir:—Dáme tu alegre corazon, y toma en cambio mis títulos y mi castillo.

Mis ojos se elevaron al cielo con gratitud, y dije:—Bendito sea Dios, que reparte los bienes de la tierra, y da honores y riquezas á los grandes, paz y contento á los humildes y pequeñuelos del mundo. (Arreglos.)

MICAELA DE SILVA.

MODAS.

Explicacion del Figurin de Peinados.

FIGS. 1.^a y 2.^a *Peinado* de trenzas y caracoles.

Para ejecutarlo se abre una raya, partiendo del medio de la frente hasta la distancia de ocho centímetros, y otra raya transversal. Se ata el cabello de atrás muy alto, y despues de partir y ondular el de delante, se hace un retorcido con el mechon que se halla mas cercano al medio de la frente, y una trenza de tres ramales con el de las sienes. Si este no fuese bastante espeso, se le podrá poner un añadido á cada lado. Para el moño, se parten los cabellos de atrás en cuatro ramales, y se hacen cocas á la inversa para formar los caracoles. Despues se coloca una diadema, se vuelve el retorcido de adelante atrás, pasando por debajo de él las trenzas, y elevándolas despues á la altura de la diadema, y se completa el peinado con una hilera de perlas y algunas hojas verdes por delante, y una cinta que rodea el moño y descende en cabos flotantes por la espalda, colocando una rosa en la nuca, para ocultar el lazo de la cinta. Dos pequeños rizos adornan la frente, y otros dos el cuello.

FIG. 3.^a *Peinado* de tirabuzones.

Para este peinado es preciso que los cabellos no tengan mas que cuarenta centímetros de largo, y si no fuese así, seria indispensable cortarlos, afilando bien las puntas.

Por lo demás, es tan fácil como distinguido, y forma perfecta armonía con un rostro de quince años.

Se reduce á abrir una raya á la distancia de ocho centímetros de la frente. Se cojen los cabellos con papillotes, y se colocan en sentido contrario, es decir, la parte izquierda, de derecha á izquierda, y la parte derecha, de izquierda á derecha, de modo que la raya quede despejada. Se pone luego una cinta-diadema-Noirat, á una regular distancia de la frente, y se separan los cabellos en tantos ramales como aberturas tiene la diadema. Se introduce por cada abertura el pelo correspondiente á ella, se le vuelve sobre la misma diadema, y en la punta se hace un tirabuzon.

Por detrás se repite la misma operacion, solo que los tirabuzones deben ser mas largos y caer sobre la espalda.

FIGS. 4.^a y 5.^a *Peinado* de cocas y de bucles.

Se separan los cabellos á la distancia de siete centímetros de la frente, se abre una raya transversal de derecha á izquierda, y se atan los de atrás en medio de la cabeza para que el atado sirva de apoyo á los de delante. De estos, se ondula por medio de un cordon la parte que hay cerca de la raya, para que forme las dos ondas pronunciadas que se ven sobre la frente, y se levanta hácia atrás la de las sienes, formando dos cocas sobrepuestas la una á la otra, y mayor la segunda que la primera. En cuanto al pelo de atrás, se divide en cuatro partes, haciendo con ellas un racimo de cocas á cada lado, que suben escalonadas hasta el centro

de la cabeza. Entre las dos hileras de cocas se coloca un rizado ligero de pelo postizo, y algunos pequeños bucles delante, que suben á juntarse con el rizado. Una guirnalda de hojas que descende adornando el lado izquierdo, y algunos tirabuzones que caen sobre la espalda, completan este peinado tan bello como elegante.

Explicacion del pliego de Dibujos y Patrones.

NUM. 1. *Babero* para niño, bordado con cordoncillo ó cadeneta.

NUM. 2. *Alfabeto* de pequeñas mayúsculas romanas para marcar la ropa blanca, bordadas á plumetis con algodón blanco y encarnado.

NUMS. 3 y 4. *Cuello* y mangas de batista doble, bordados á punto ruso y mejicano.

NUM. 5. *Entredos*, para bajo de enagua ó guarnicion de vestidos de niño, bordado con cordoncillo y á punto ruso y mejicano.

NUM. 6. *Idem*, á plumetis y punto de armas para camiseta.

NUM. 7. *Fondo* de servilleta pequeña para té, bordada á punto ruso y mejicano, con seda encarnada muy fina.

NUM. 8. *Guarnicion* para bajo de enagua. Se corta una tira á picos, como se vé en el dibujo, bordándola á punto ruso y mejicano con seda negra muy fina. Se sobrepone la tela de la enagua haciendo que se ajuste á los picos, y se oculta la costura cubriéndola con un cordoncillo.

NUM. 9. *Escudo* para sábana, bordado con cordoncillo ó cadeneta.

NUM. 10. *Esquina* de pañuelo. Se corta el pañuelo ovalado, y se hace un dobladillo ancho alrededor. Se aplica la tela que debe completarlo, en la cual el bordado á plumetis alterna con unas tablas hechas á vainica, y termina con otro dobladillo ancho, tambien á vainica.

NUM. 11. *Bordado*, á plumetis y punto de armas para esquina de pañuelo.

NUM. 12. *O. M.*, cifra enlazada á plumetis y punto de armas.

NUM. 13. *Iniciales* góticas y ramo para esquina de pañuelo, bordadas á realce.

NUM. 14. *Ramo* para esquina de pañuelo, bordado á cordoncillo y plumetis.

NUM. 15. *Otro* escudo, idem.

NUM. 16. *María*. Letras inglesas, plumetis y punto de armas.

NUM. 17. *Clara*. Letras inglesas, plumetis.

NUM. 18. *Natalia*. Letras inglesas, plumetis y punto de armas.

NUM. 19. *Luisa*. Letras góticas, cordoncillo blanco, punteado por encima con algodón de color.

NUM. 20. *Cifra* enlazada á realce y á la inglesa.

NUM. 21. *Iniciales* inglesas, plumetis y punto de armas.

NUM. 22. *M. G.* Iniciales inglesas flordelisadas, plumetis.

El patron que va al otro lado es de un vestido de niño, bordado á cadeneta.

Editor: MIGUEL CAMPO-REDONDO.

MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.

1



2



3



4



5



Août 1867

Imp. Godard, Paris.

CORREO DE LA MODA



L'Amorceur impr. & lith. 38, Paris

Ad. Goubaud Ed. Paris 861

LE MONITEUR DE LA MODE

Paris, Rue de Richelieu, 92

Coiffures de M^{me} Boudet Au Régent Boul. de la Madeleine, 7. Modes de M^{me} Morison, Michodière, 6.
 Plumes de Perrot Petit et C^{ie} M^{me} S. Augustin, 20. Foulards du Comptoir des Indes Boulevard Sébastopol, 129.
 Dentelles de Violard frères r. de Choiseul, 3. Corsets de M^{me} Bruzeaux, Faubourg Poissonnière, 4.
 Cachemires des Indes Le Persan, r. de Richelieu, 78 | Sous-jupes acier B. Creusy rue Montmartre, 133.

Entered at Stationer's Hall.

LONDON E. Weldon, 22, Tavistock Street Covent Garden, W.C.

MADRID El Correo de la Moda P. J. de la Peña

